

(7/1)

CIF

Reunion 1544<sup>1.-</sup>

Pentecostes 63

21479

Documento Base

4

(1)

Venerables hermanos en el episcopado:

Unidos a Vosotros por la mision episcopal, que fue confiada colegialmente por Cristo a Pedro y los Once, reafirmamos nuestra persuasion de que el mundo no podra ser plenamente de Cristo mientras la totalidad de la solidaridad episcopal no se realice y se actue sobre la totalidad del mundo. Asi como en los primeros tiempos la Iglesia tomo conciencia de su unidad y la expreso a traves de encuentros y cartas en que las comunidades se referian mutuamente sus exitos y dificultades, asi ahora estimamos necesario confiaros, en comunicacion de caridad, las experiencias y deseos de una vasta porcion de la Iglesia catolica.

(2)

Creemos que la responsabilidad colectiva de los obispos para la evangelizacion del mundo entero debe considerarse en su aspecto historico, como herencia de la mision de los Apostoles, que tiene un profundo arraigo tambien en el momento actual, como encarnacion del misterio de Cristo en las circunstancias concretas de nuestra epoca.

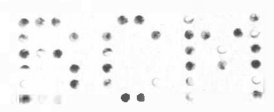
(3)

Esto ha llevado a la Iglesia a la consecuencia logica de formar agrupaciones episcopales en aquellas regiones en que condiciones semejantes, comprobadas por la observacion de la realidad, han conducido a reflexiones teologicas y a conclusiones pastorales que aconsejan la adopcion de metodos tambien semejantes, al menos en sus lineas generales.

(4)

Colocados en este angulo de la caridad, como Pastores de una region-necesitada, los Obispos de America Latina nos dirigimos a nuestros herma-

282.8  
Iq 244



nos en el episcopado que, puestos en el otro angulo - el de los que pueden y quieren prestar su colaboracion - reciben a traves de esta carta la expresion autentica de lo que America Latina necesita y espera de las iglesias que miran hacia ella con propositos de caridad cristiana.

"Creemos que el conocimiento de nuestras preocupaciones pastorales y las necesidades de nuestro continente sera un bien formativo de importancia - para la conciencia de Cuerpo Místico de vuestros fieles."

(1) En America Latina la Iglesia esta enfrentada no solamente al conjunto de problemas que el mundo moderno plantea a la Iglesia universal, sino tambien a problemas especificos, cuyos principios de solucion deben provenir de un esfuerzo de investigacion, pensamiento y adaptacion realizado en el seno de la Iglesia misma latinoamericana.

(2) La presente exposicion es en gran parte fruto de esa elaboracion y esta basada en estudios e investigaciones que desde hace algun tiempo se adelantan por especialistas de varios paises. Aspiramos a que, al aclarar -- algunos puntos de su propia problematica, nuestra Iglesia de America Latina pueda prestar una colaboracion positiva a la obra universal de evangelizacion en el mundo moderno.

(3) Dando por sabido y aceptado que el continente latinoamericano no es una realidad homogenea, hay sin embargo tres razones para esta presentacion comun de la presencia de la Iglesia en America Latina. Primero, los antecedentes historicos de estos paises, su origen iberico y la trasmision de la fe catolica. Luego, el rapido proceso de cambio social que, aunque en diversos grados segun los paises, junto con la existencia de un catolicismo mayoritario constituye en caso del todo especial. Por ultimo, la-

coyuntura del Concilio, en el cual se encuadran mejor las contribuciones de grupos regionales que las simplemente nacionales o particulares.

(4) La Iglesia de America Latina se halla frente a la inmensa tarea de - desplegar su accion evangelizadora en un continente que, presentando todos los fenomenos propios del desarrollo, exige un enorme esfuerzo de renovacion pastoral. Ambos factores, tanto el de desarrollo como el de orientacion pastoral propia, deben ser tenidos en cuenta para cualquier plan de colaboracion que se quiere realizar.

(1) El cambio social en America Latina se manifiesta en dos formas: por una explosion demografica y por una transformacion del tipo de sociedad.

Desde el punto de vista demografica , se pasa de 163 millones de habitantes en 1950 a unos 250 millones en 1960. Seg'un c'alculos de las Naciones Unidas, en 1970 se llegara a 300 millones y se sobrepasaran los 600 millones en el año 2000. Para esta situacion Latino America cuenta con estructuras politicas y sociales inadecuadas.

En cuanto al tipo de sociedad, las transformaciones son multiples especialmente por la desintegracion de la sociedad heredada de la epoca colonial y por la evolucion acelerada hacia una civilizacion tecnica, - caracterizada por el rapido urbanismo, la integracion progresiva de las masas que vivian al margen de la vida social, la evolucion de la sociedad rural, la constitucion, la evolucion de la funcion politica.

Este cambio social, desde luego, no es un fenomeno aislado ni exclusivo, sino que debe apreciarse dentro de todo el contexto del rapido progreso de la sociedad occidental. No provienen de fuerzas ciegas, sino que es consecuencia del desarrollo, concebido como deber social imperioso para todos, especialmente para los cristianos.

(2) Colocada la Iglesia de America Latina ante una realidad evidente, como es el desarrollo con todas sus características, no hemos podido menos de reflexionar sobre los principios teológicos que rigen la responsabilidad de la Iglesia frente a lo temporal.

(3) En la Iglesia Cristo ejerce su influjo renovador, no solo sobre los corazones de los hombres, sino también sobre todo el orden temporal. El conjunto del universo está llamado a entrar en la salvación final en Cristo para que El sea "todo en todas las cosas" (Efes. 1.23). De ahí que la Iglesia no considere la acción temporal como una esfera separada de la suya. Unido por la gracia del Espíritu de Cristo a Aquel que sacó el universo de la nada y lo conserva en la existencia. El hombre es el cooperador de Dios en la tarea de transformar el mundo y llevarlo a su destino final. En esta tarea tiene una especial responsabilidad el Cristiano.

Para que el orden temporal pueda ser plenamente salvado, el cristiano no ha de respetar la naturaleza y los fines propios de las estructuras temporales. Es la consecuencia ineludible del principio cristológico: "Lo que no ha sido asumido no ha sido sanado". Toda violación o tergiversación de la esencia o finalidad íntima de las estructuras temporales -aun so pretexto de fines altamente apostólicos - significa malograr su inserción en el dominio salvífico de Cristo. Por el contrario, el esfuerzo por crear estructuras temporales más conformes al plan divino constituye un progreso positivo en el camino de la salvación.

De tal manera que mientras la Iglesia obre dentro del mundo como cuerpo en que el cristiano actúa inspirado por la doctrina y la caridad de Cristo, esto no debe hacerse por demagogia, por deseo de prestigio, por voluntad de querer dominar la sociedad temporal, por miedo a la revolución o al comunismo, ni por ansia de obtener conversiones; sino con el

propósito de que la sociedad temporal alcance el fin de que Dios lo ha asignado: procurar el bien del grupo social y de cada uno de sus miembros dentro de la coexistencia y la amistad.

La acción de la Iglesia, al transformar a cada Cristiano, le permite por una parte, alcanzar su salvación y edificar el Cuerpo Místico; y por otra parte, mediante esta transformación íntima participar en la edificación de la sociedad temporal según sus propias leyes. A su vez, la realización de la justicia dentro de la sociedad temporal depende del desarrollo integral de cada miembro y lo capacita más para adherir libremente a la Iglesia.

(4) Colocada en este terreno de consagración de lo temporal, la Iglesia en nuestros países se verá obligada a tomar una actitud consciente de apoyo a los diversos factores de desarrollo - entendido este como condición esencial de la justicia en una sociedad determinada-, y a establecer criterios muy claros ante las otras ideologías, ante las técnicas y ante los programas políticos.

Particularmente, en las relaciones con el Estado deberá tenderse más que a estatutos jurídicos favorables y excluyentes, a un diálogo de confianza y a una colaboración mutua en favor del desarrollo.

La historia atestigua la labor desplegada durante los siglos por la Iglesia latinoamericana en pro del bien común. Aun cuando debe atenderse dentro de su ambiente histórico y de las circunstancias particulares de esas épocas, no se puede olvidar que la Iglesia fue por mucho dispensadora única de educación y de asistencia social.

Hoy día, las circunstancias sociales cambiantes y una reflexión teológica más profunda aconsejan renunciar a compromisos e identificaciones con estructuras caducas y tender a una nueva forma de encarnación

en lo temporal partiendo de los auténticos principios de acción de la Iglesia: la difusión de su espiritualidad propia, concebida como actitud dinámica de amor a Dios y de caridad a los hombres, tendrá como efecto una transformación de lo temporal, absolutamente necesaria en la hora presente de América Latina.

(7)

Es evidente que muchos países latinoamericanos atraviesan una situación que ha sido calificada de "pre-revolucionaria". Frente a este hecho la Iglesia no puede permanecer neutral ni mostrarse indiferente. Persuadida de que tras el fermento revolucionario se ocultan exigencias genuinas humanas y cristianas, la Iglesia ha de tomar una actitud decidida y valiente en favor de los cambios estructurales, procurando purificar y encauzar la marea creciente de la revolución conforme a los principios del Evangelio. Frente a la actitud negativa de los que son fanáticamente "pro" o "anti" revolucionarios-, perpetuando así en ambos casos una situación objetivamente violenta-, los cristianos tendrán que persuadirse de que la solución para plasmar una sociedad más justa, educada y libre no es la violencia anárquica y destructora, ni tampoco el continuismo ciego a la miseria y el drama de las masas. En esta tarea de orientación, la Iglesia tiene un compromiso por recorrer en América Latina.

Las condiciones del Continente exigen que muchas veces la Iglesia deba asumir un papel supletorio en tareas que otras instituciones no pueden realizar. Es claro que esta subsidiariedad no podrá aceptarse sino cuando así lo requiera el bien común, y en forma transitoria, dirigiéndose la acción de la Iglesia más que todo a formar los cuadros laicos que asuman cuante antes estas responsabilidades.

(9) Una de las tendencias más fecundas de la Iglesia será dar absoluta preferencia a la evangelización sobre la institucionalización, es decir, a los organismos de penetración y de acción misionera sobre los organismos de tipo confesional. No se excluye, desde luego, que en ciertos casos la Iglesia deba institucionalizar su acción, especialmente cuando en las instituciones existentes se impide la participación de los católicos. Pero se debe evitar a toda costa que se prolongue o se repita el caso frecuente en ciertos sectores, como el de la educación, en donde la institucionalización excesiva tiene todo el aspecto de servicio a una casta y constituye un obstáculo para la evangelización de grupos cada vez más alejados de la acción de la Iglesia.

(10) Para cerrar estas ideas, debemos recordar que la Iglesia de América Latina de América Latina es, todavía hoy, esencialmente una Iglesia presente entre los pobres. Ante ellos debe darse el testimonio de pobreza evangélica, tanto en las personas como en los bienes de la Iglesia.

(1) No basta que nuestra solicitud de pastores se dirijan hacia las condiciones del mundo exterior. Una mirada honesta y consciente hacia el interior de la Iglesia nos lleva a descubrir las consecuencias profundas que los cambios sociales han traído a su propia situación y a sus medios de acción. Y de nuevo, solamente el pensamiento teológico podrá indicar cuales son las transformaciones necesarias para que su presencia pastoral sea verdaderamente eficaz.

(2) Las condiciones de la Iglesia se han visto fundamentalmente afectadas tanto por el crecimiento demográfico como por la transformación de la sociedad.

Por el primer aspecto, la principal consecuencia - y quizás la más conocida - se traduce en la desproporción entre el número de sacerdotes y

la población. En 1960, el promedio era de 5,400 habitantes por sacerdote, con perspectivas peores para los años de 1970 en adelante. Las parroquias ostentan un promedio de 15,200 almas y 992 kms.2 con la circunstancia de que, por la concentración urbana, la parroquia se convierte en una estructura cada vez más formal, útil solamente para grupos reducidos de personas. Por las mismas razones la vida sacramental tiende a disminuir advirtiéndose una perceptible reducción en la participación y una administración a menudo desprovista de catequistas.

Por el aspecto de la transformación de la sociedad, se comprueba un debilitamiento de la transmisión de los valores religiosos por los canales hasta ahora tradicionales, como era la familia, y la formación de una sociedad y una cultura nuevas a las cuales la Iglesia, en gran parte adherida a estructuras que se desintegran, no puede hacer llegar los valores cristianos. Tal sucede con vastos sectores económicos y sociales en vía de formación, como las clases obreras y los movimientos sindicales y en planos intelectuales de reciente aparición, como las instituciones de enseñanza media, técnica y universitaria.

Hay que añadir a esto la constitución inevitable y progresiva de una sociedad pluralista, para la cual la Iglesia de Latino America no estaba preparada y que le obligará a transformar sus sistemas de evangelización.

(3)

Tiene además la Iglesia de Latino America ciertas características especiales por razón de causas históricas, relacionadas especialmente con la imposibilidad de comunicación con la Santa Sede que afectó a las Iglesias locales después de la Independencia. No se puede ciertamente desconocer el enorme esfuerzo que ha significado para la Iglesia continental el tener que reconstituir sus cuadros esenciales después de una situación tan crítica.

Y, sin que con esto se pretenda una plena justificación histórica y al contrario de como muchas veces se afirma, hay que reconocer que la Iglesia no fue causa sino víctima de una situación originada por otros factores.

El largo proceso de opresiones y persusiones, al romper en cierta forma la continuidad de la acción evangelizadora y al impedir la formación de cuadros de vigorosos, provocó una actitud de defensa, o por lo menos, de reserva frente a los poderes temporales. De tal manera que más se ha llegado a trabajar por defender los derechos de la Iglesia que a insistir en los deberes de los cristianos hacia la sociedad civil.

Un examen honrado de la realidad nos lleva al descubrimiento de serias deficiencias tanto en la vida religiosa como en los métodos pastorales actuales. No deben, desde luego, desconocerse las características positivas de uno y otro sector ni puede generalizarse indbidamente en este aspecto. Pero es evidente y urgente la necesidad de abandonar y de substituir actitudes pastorales muy extendidas, que no tienen en cuenta el deterioro de la religiosidad en el mundo rural, la falta de asimilación de las clases populares urbanas, la deserción de las clases más evolucionadas, el abandono del medio universitario y la religión ritual y acomodaticia de los sectores superiores.

De ahí la necesidad de dar a cada aspecto de la pastoral un sentido equilibrado y un alcance preciso. No basta una pastoral de la palabra, reducida únicamente a predicar la fe; ni es completa la pastoral sacramental sin la catequesis; ni es cristiano un adroctinamiento que no este fundado en el querigma; ni la proliferación de devociones debe desviar la piedad cristiana de su verdadero centro, que es el misterio de Cristo, ni la ausencia de sentido jerarquico, Igualmente, en la pastoral de la caridad es necesario evitar la tentación del autoritarismo triunfalista.

Y en el ordenamiento del trabajo es indispensable tender hacia métodos que aseguren la continuidad y la acción de conjunto y hacia la integración teológica y orgánica de las personas religiosas y de los laicos en la labor evangelizadora de la Iglesia.

- (5) Entendemos por pastoral la misión que asume la Iglesia de llevar a los hombres a su salvación en Cristo. Los poderes de enseñar, santificar y gobernar los emplea la Iglesia en la edificación del Cuerpo Místico, movida por el carácter misionero de su mandato, que se extiende en la misma medida en que crece la humanidad; para salvarla por los méritos de Cristo, la Iglesia dispone de la palabra y de los sacramentos, medios fundamentales de cualquier actividad pastoral.

Fundada sobre la doble fidelidad a la doctrina y a la realidad, la Pastoral procura el bien común sobrenatural del hombre al pedir para él una situación temporal justa y acorde con su dignidad de hijo de Dios. La Iglesia realiza una obra de justicia y de caridad necesaria para el bien total de sus hijos.

- (6) La aplicación de estos principios teológicos a la situación antes descrita es la tarea que tiene por delante la Iglesia latinoamericana. De acuerdo con la triple función de la pastoral, la Iglesia aspira a hacer del pueblo cristiano una comunidad que viva y se exprese por la fe, el culto y la caridad. Pero esto no podrá obtenerse mientras la fe no esté centrada en el misterio pascual y el culto en el ofrecimiento común de la Eucaristía; el servicio a los hombres, inspirado por el realismo de la caridad, será la prolongación perfecta del culto rendido a Dios por la comunidad de fe.

- (7) La obtención de esta finalidad está condicionada por una renovación de los medios propios de la Pastoral, cuales son la catequesis y los sa-



Nuestra Iglesia latinoamericana, con la cual estáis colaborando, es también en este momento providencial un signo de la solicitud de la Iglesia de Cristo por el mundo de los pobres. Dios ha permitido que latinoamérica forme parte de ese 80% del mundo en que aun hay hambre, miseria, subdesarrollo... Mas de un tercio de los hijos de la Iglesia viven en nuestras diócesis, formando parte de un mundo en desarrollo, con el que la Iglesia está comprometida. Por lo tanto, hermanos, América Latina es el signo providencial que permite a las diócesis más desarrolladas solidarizar con los predilectos de Jesucristo y dar testimonio de la solicitud de la Iglesia universal por el mundo en desarrollo.

Por otra parte, la renovación interna de la Iglesia que estamos procurando en el Concilio, encuentra hoy, en el esfuerzo de la Iglesia latinoamericana por re-adaptarse a su pueblo en evolución, un signo de la pobreza interior que debe reinar en la Iglesia de Cristo. En efecto, el proceso de adaptación y de desarrollo institucional y pastoral en que estamos empeñados a fin de que los nuevos hombres y organismos que hoy nacen sean cristianos, nos está obligando a desprendernos de instituciones y actitudes, históricamente válidas en el momento que fueron creadas por la Iglesia, que hoy deben dejar paso a otras instituciones y a otras actitudes. Esta situación consciente, sin precedentes en la historia eclesial, en una escala similar, constituye a la Iglesia latinoamericana en signo y testigo del desprendimiento que el mundo de hoy busca en la Iglesia universal. Es por eso, hermanos, que podemos hablar de colaboración y no de ayuda a latinoamérica, ya que su Iglesia hoy, en el plan de Dios, es para la Iglesia universal, un espejo donde el personal y las instituciones eclesiales que acuden a ella pueden revisar a la luz del Evangelio

su adaptabilidad, en el día de hoy, a las exigencias de la fe, de la pobreza, de la justicia, y de la primacía de la caridad.

Como además sabemos, la importancia de latinoamérica que el Santo Padre ha subrayado es también de orden internacional. Una América Latina cristiana contribuye a la paz del mundo, hoy amenazada; es una condición para que en el futuro Africa y Asia también abracen la luz de la fe, ya que en 40 años más la mitad de los católicos serán latinoamericanos, y serán ellos la principal reserva, joven y renovada, de la acción misionera. No en vano Su Santidad ha dado a la América Latina una prioridad tan insistente en el esfuerzo apostólico de la Iglesia.

Estas reflexiones, y la compleja realidad arriba expuesta muestran la urgencia de toda colaboración en esta hora de Dios para América Latina. Hemos expuesto todo esto para dar una idea del camino que recorre hoy nuestra Iglesia y nuestra sociedad, cuyas suertes están tan unidas. El tener presente esta situación, tan diferente de otras situaciones del mundo actual, hará tanto más eficaz vuestra inapreciable colaboración. Aunque la realidad latinoamericana es compleja, está siendo suficientemente estudiada por nosotros a fin de que toda ayuda sea siempre coordinada y jerarquizada según los principios que van brotando de nuestro estudio y que queremos hacerlos compartir. La valiosa ayuda y guía de la Santa Sede ha permitido a los Obispos latinoamericanos llegar a la unidad necesaria para que el planeamiento, coordinación y distribución de toda ayuda pueda venir de ellos, ya que nadie mejor que el Colegio episcopal latinoamericano conoce sus propias necesidades y puede coordinar sus solucio-

nes.

Gracias a Dios y a los esfuerzos de la misma Santa Sede al crear el CELAM, nuestro episcopado tiene ahora los instrumentos para canalizar y orientar la ayuda de nuestros hermanos: las Conferencias episcopales de cada nación, que asesoradas por especialistas están estudiando las necesidades de la Iglesia y son capaces de presentar, a nombre de cada país, la política de una colaboración a necesidades reales y primordiales. El Celam, que representa a todas las Conferencias nacionales, hace la unidad y coordinación definitiva de estos estudios. Al ser normalmente nuestras Conferencias episcopales el instrumento que decida la política que ha de seguirse en la colaboración con latinoamérica, por otra parte tendrán éstas la prudencia de no ahogar la realización de ciertos aportes más inmediatos urgentes, o de interés más particular.

Tenemos el convencimiento, por experiencia que compartimos con el episcopado de muchas partes del mundo, que toda colaboración que no está dirigida en la forma expuesta más arriba puede producir dificultades en el plan apostólico de un país o en la pastoral de conjunto de una diócesis. Este diálogo que ya ha comenzado entre nosotros, hermanos en el episcopado, y que se prolongará a través de las Conferencias episcopales de cada nación, evita estas pérdidas de energía y nos permite compartir nuestras mutuas ideas y experiencias en este campo.

"Apreciamos profundamente el esfuerzo efectuado por vosotros en el envío de personal selecto que constituye una parte importante de los religiosos y religiosas que trabajan en nuestras diócesis. Admiramos el trabajo ímprobo que realizan y su actitud humilde que les

hace identificarse con nosotros en los objetivos y métodos apostólicos. Han sabido descubrir, como una expresión de la riqueza de la Iglesia, el desarrollo espiritual y religioso propios de América Latina, y han sabido respetarlo y aprovecharlo para el bien de esas mismas almas, sin imponer sus concepciones. Respeto que debe alcanzar a cada nación, en verdad tan diferentes unas de otras en nuestro continente, más aún, a cada una de las numerosas regiones, tan distintas aun en cada país.

Esta caridad llena de respeto y humildad, que es el distintivo de una auténtica colaboración de Iglesia, es la que está inspirando a numerosos misioneros en latinoamérica en su actitud no sólo de dar sino también de recibir y ser enriquecidos, según el espíritu que inculcaba San Pablo a los Corintios cuando éstos organizaban sus colectas en socorro de Jerusalén: "Ahora vuestra abundancia puede aliviar su penuria, a fin que algún día su abundancia pueda socorrer vuestra penuria", porque "comprobando ellos por esta obra quienes sois, glorifican a Dios por vuestra obediencia en la profesión del Evangelio de Cristo y por la generosidad de vuestra comunión con ellos". (II Cor.)

Quisiéramos ahora resumiros, a pedido vuestro, las orientaciones y los criterios que deben regir vuestra valiosa cooperación. Como sabemos, la inmensidad del territorio que nos preocupa, y la limitación de toda colaboración obliga a hacer una cuidadosa selección, en el sentido de concentrarnos principalmente en los puntos más importantes e influyentes, tanto geográficos como institucionales y ambientales. El fortalecimiento de la Iglesia en estos puntos,

dada la interdependencia cada vez mayor que hay en nuestro continente, resolverá a la larga sus problemas secundarios. Es en estas zonas e instituciones claves donde necesitamos personal de primera calidad, ya sea especializado, ya sea capaz de ocupar cargos que permitan liberar a sacerdotes nacionales para tareas de orden diocesano o nacional.

Como bien se comprende, esta selección y jerarquización de los centros claves no puede hacerse sin que forme parte de un plan pastoral de conjunto para cada nación, coordinado a nivel latinoamericano. Por eso pensamos que la presentación de este plan, donde se ubique esta escala de selección, debe acompañar los diferentes pedidos de las Conferencias episcopales.

Una vez realizada la selección, en los puntos claves se deberán elegir aquellas organizaciones o iniciativas de la Iglesia capaces más tarde de desenvolverse solas o de servir de modelo pastoral a otras organizaciones similares. Más que crear en América latina más y más escuelas o parroquias, v.gr., es importante que se nos ayude a montar aquellas parroquias o escuelas tan en consonancia con la línea pastoral que va tomando la Iglesia, que sirvan de modelo y orientación al conjunto de nuestras parroquias o escuelas.

Precisando más nuestro criterio selectivo, en los centros de colaboración habrá que preferir primeramente aquellas organizaciones que permiten la presencia y la penetración de la Iglesia en instituciones y ambientes que no le pertenecen. En efecto, el pluralismo que se acentúa más y más en nuestro continente; la explosión demográfica, junto con la creciente limitación de medios de la Iglesia nos ha he-

cho comprender que debemos -salvo situaciones particulares- hacer una política pastoral no tanto de crear instituciones propias como de -- crear instrumentos de penetración y evangelización. (Respetando siempre circunstancias especiales, más que gastar energías en escuelas parroquiales, v.gr., necesitamos organismos que preparen catequistas y profesores cristianos que estén presentes en las organizaciones del Estado; más que nuevas facultades católicas, necesitamos organismos que preparen capellanes y laicos para evangelizar las Universidades Estatales).

Por eso requerimos colaboración urgente en aquellos organismos que permitirán dar formación al clero, a las religiosas y al laicado adulto para esta pastoral de evangelización y penetración. Y en estos organismos, ya sea de formación o de acción habrá que dar primacía a los que atienden los medios estudiantiles, los medios obreros y los medios de difusión.

El segundo sector pastoral que requiere toda nuestra atención es el que comprende los medios que llevan a descentralizar el apostolado, que es uno de los objetivos actuales de la pastoral latinoamericana. Para ello necesitamos que religiosas y sobre todo laicos asuman todo su papel apostólico en la Iglesia, llegando a todos los lugares y ambientes donde no llegan el sacerdote ni las instituciones tradicionales.

La ayuda financiera debe también encauzarse según estos mismos criterios; queremos agregar sólo la importancia que tiene para nosotros vuestra colaboración en material de biblioteca, para Seminarios, Facultades y movimientos del apostolado laico.

Queremos también decir una palabra sobre la selección y preparación del personal que viene a nuestras diócesis, cuestión para no nosotros de primera importancia, dado el desarrollo religioso, pastoral y cultural de muchas regiones de Latinoamérica, que exigen a los apóstoles nacionales y extranjeros una gran calidad, que les permita adaptarse al movimiento actual de la Iglesia. Preparación en el idioma, en el conocimiento de la cultura, de la sociedad y de la Iglesia latinoamericana; preparación teológica, pastoral y sobre todo espiritual superior. Y puesto que esta preparación no se puede improvisar, bendecimos y recomendamos ardientemente los Centros de Formación que ya funcionan para tal objeto.

La larga experiencia de la Iglesia latinoamericana en este sentido nos ha hecho ver que sólo se realiza un servicio eficaz a nuestra Iglesia cuando el personal que acude a colaborar es de alta calidad, está al día en las necesidades peculiares de la pastoral de -- nuestros países y es capaz de integrarse tanto en los métodos como - en la mentalidad y cultura con los apóstoles nacionales.

Por otra parte, debido a la evolución que se realiza en la función apostólica de las religiosas -que deben imprescindiblemente colaborar en los movimientos laicos y en la descentralización de la pastoral parroquial- es necesario que las que vayan acudiendo lo hagan en este espíritu, es decir no tanto para continuar instituciones tradicionales sino para incorporarse al movimiento misionero de la Iglesia.

En cuanto a los laicos que puedan acudir, ellos son valiosos para secundar a la Iglesia en su acción social y cultural, en tareas técnicas, siempre que no haya personal preparado en el lugar. Para

diócesis nuestras en donde gracias a Dios hay personal suficiente, para las tareas apostólicas, se podría pensar más que nada en coope- rar en el financiamiento que haga posible que estos laicos puedan servir a la Iglesia como permanentes en apostolados cuya efectivi- dad está ya probada.

La actual evolución social de nuestros pueblos, la pobreza en que vive la inmensa mayoría de nuestros fieles, y la sensibilidad de éstos a los valores evangélicos, nos mueven a desear que todos los apóstoles e instituciones que trabajan en nuestras diócesis den, ante todo, su testimonio de sencillez, de desprendimiento y de identi- ficación con la pobreza del pueblo, evitando toda ostentación en las construcciones, en los medios de trabajo y en el estilo de vida de los misioneros.

21479